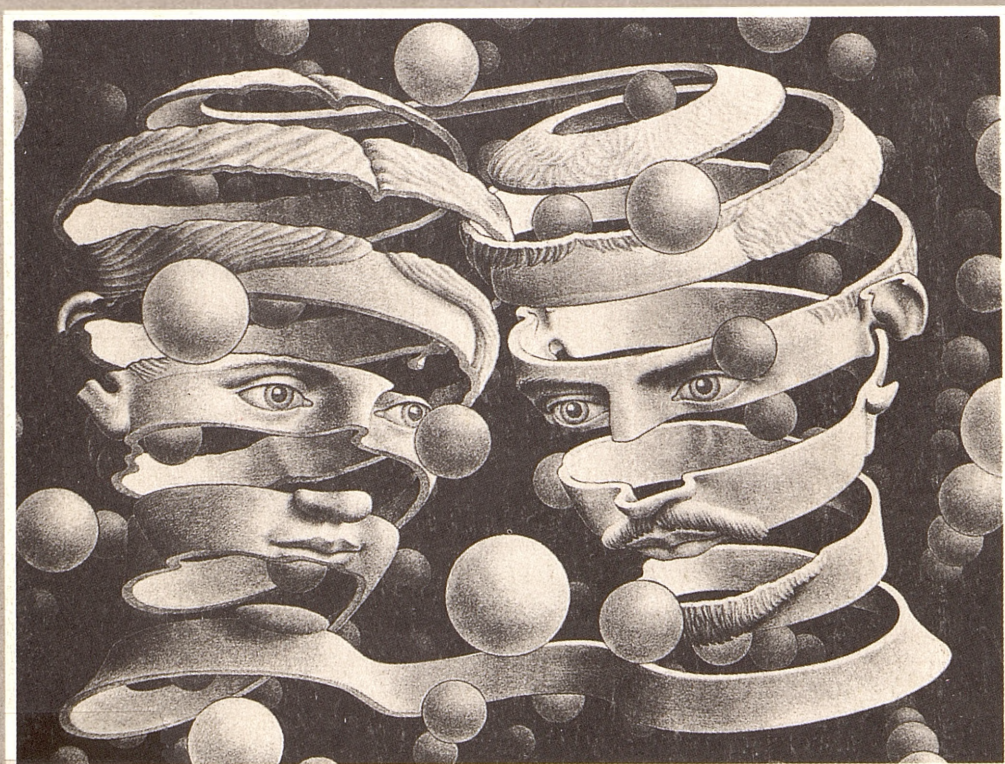


# LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS EN MÉXICO

Miguel J. Hernández Madrid  
José Lameiras Olvera  
Editores



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS EN MÉXICO  
SÍNTESIS Y PERSPECTIVA DE FIN DE SIGLO

Miguel J. Hernández Madrid  
José Lameiras Olvera

Editores



El Colegio de Michoacán

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
ESTADO DE LAS CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES EN EL FIN DEL SIGLO XX MEXICANO	21
<i>Las ciencias sociales y las humanidades del siglo XX mexicano</i> Abelardo Villegas	23
<i>Las humanidades en México: un recuento de fin de siglo</i> Herón Pérez Martínez	35
<i>Estado de las ciencias sociales y de las humanidades en el fin de siglo mexicano: el caso de la historia</i> Guillermo Palacios	59
<i>La provincia de la ciencia y la ciencia de la provincia. Advertencias para hacer investigación regional en México</i> Luis Alfonso Ramírez	77
<i>Caen acaso las torres que en el cielo se creyeron...</i> Brigitte Boehm	89
AL OTRO LADO DEL ESPEJO: SOBRE LA RECUPERACIÓN DE LAS DISCIPLINAS Y EL DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO	99
<i>La antropología en la encrucijada del mundo moderno</i> Eduardo Zárate	101

<i>Una historia en construcción. Teoría y práctica de los desfases</i> Juan Pedro Viqueira	119
<i>Democracia y ciencias sociales</i> Jorge Alonso	161
<i>La división del trabajo y la construcción de la nueva torre de Babel: el diálogo interdisciplinario</i> Ignacio Sosa	199
<i>Por los estudios de frontera: experiencias de interdisciplinariedad en México</i> Gail Mummert	217
VOCACIÓN Y UTOPIA: LA FORMACIÓN DE INVESTIGADORES	227
<i>La formación de investigadores: vocación y utopía</i> Juan Parent	229
<i>Ideología y socialización: el científico ideal</i> Larissa Adler-Lomnitz	239
<i>Walter Benjamin y Los pasajes de París: acerca del método, el objeto y la investigación</i> Daniel Hiernaux Nicolas	259
PERSPECTIVAS Y RETOS PARA EL SIGLO XXI	277
<i>Futuro inmediato y democracia, la contribución de las ciencias sociales</i> Jean Meyer	279
<i>Tendencias de investigación en ciencias sociales y humanidades: perspectivas para el siglo XXI</i> Agustín Jacinto	291
<i>Crisis de la racionalidad y nuevos paradigmas</i> Enrique Leff	303
ÍNDICE TEMÁTICO	311

## LAS HUMANIDADES EN MÉXICO: UN RECUENTO DE FIN DE SIGLO

Herón Pérez Martínez

No tengo podadera, ni tampoco un reloj de precisión que marque exactamente los rítmicos latidos del poema. Pero sé la hora que es.

León Felipe

### DESLINDES

Parece predominar entre nosotros una total anarquía, si no es que confusión, sobre el estatuto epistemológico de las llamadas ciencias sociales y humanidades que va desde quienes abiertamente dicen que son inapropiadas las denominaciones de “ciencia” para las “ciencias sociales” y con más razón para las humanidades, hasta quienes, en cambio, piensan que la ciencia tiene muchas caras, modos y rangos y que, desde luego, no es monopolio de quienes trabajan con matemáticas y en laboratorios. De acuerdo con la primera opinión, ni la historia, ni la filosofía, ni mucho menos las disciplinas del texto, son propiamente “ciencias”: este nombre, se dice, debe ser dejado para las ciencias físico-matemáticas y naturales: las ciencias “duras”, pues.

De acuerdo con la segunda opinión, en cambio, el de la ciencia es un edificio multiforme en el que cada disciplina traza, desde sus tradiciones, objetivos, teorías y métodos, sus propios rasgos epistemológicos que no requieren, por tanto, de otro padrinazgo que el de las propias tradiciones y el de los propios claustros de científicos. En 1898, en su ensayo *Methods for Attaining the Thru*, Charles Sanders Peirce decía que “uno de los más maravillosos rasgos del razonamiento es la tendencia a corregirse a sí mismo y definía la ciencia como un *self corrective process*”.<sup>1</sup> La

1. *Collected Papers*, vol. 5, 575.

autocorrección es uno de los rasgos más pertinentes del trabajo científico que ayuda a clarificar otros rasgos como la objetividad, la actitud crítica, la actitud, la autonomía y el progreso.<sup>2</sup> Mucha tinta, desde entonces, ha corrido en ámbitos como la filosofía de la ciencia para dilucidar el “problema de la demarcación” como se llama en epistemología a la cuestión de la diferencia entre la ciencia y la no-ciencia.

Karl R. Popper, por ejemplo, en el prefacio a la primera edición de su *Lógica de la investigación científica*,<sup>3</sup> distingue entre el “científico” y el “filósofo” y prácticamente descarta el rango científico del quehacer filosófico. En el prólogo, en cambio, a la edición inglesa, escrito en 1958, enfatiza no sólo los distintos tipos de epistemología que hoy se practican sino cuánto el problema de la ciencia es el problema de “entender el mundo, incluidos nosotros y nuestro conocimiento como parte de él”.<sup>4</sup> En esta tarea cosmológica de entender el mundo incluye, por ejemplo, tanto las tareas de la filosofía como las de las disciplinas que buscan entender las funciones de nuestro lenguaje.

La investigación científica, pues, no es privativa de la investigación en el mundo físico: la ciencia es una actividad que durante el siglo XX ha ido conformando sus conceptos, métodos, objetivos y rasgos según los diferentes objetos de su estudio. Empero, pese a las apariencias, ese aparentemente sólido edificio no carece de cuarteaduras ante el desarrollo de otras formas de conocimiento que a muchos títulos pueden llamarse y han sido llamados “científicos”: en estos últimos cien años, al menos, el espíritu científico ha invadido otros territorios y se ha ocupado, con el mismo rigor, de entender la vida social humana, sus estructuras, mecanismos y modalidades. Hoy, en efecto, la epistemología parece aceptar que el concepto de ciencia no es monolítico y que el edificio de la episteme tiene espacios dedicados a muy diversas actividades de análisis de la realidad humana que, por fortuna, rebasa los quehaceres de la tecnología. Luis Hjelmslev, por ejemplo, en sus *Prolegómenos para una teoría del lenguaje*, se propone construir una teoría lingüística que descubra y enuncie las premisas de una lingüística científica bajo la premisa de que si bien los fenómenos

2. Ilkka Niiniluoto. *Is science progressive?*, Dordrecht / Boston / Lancaster, D. Reidel Publishing Company, 1984, p. 1.

3. Madrid, ed. Tecnos, 1977, p. 14.

4. *Op. cit.*, pp. 16ss.

de la creación textual parecen no sujetarse a ninguna ley, detrás de cada proceso hay siempre un sistema subyacente.<sup>5</sup>

Hoy, en efecto, el término “ciencia” se suele emplear para referirse a la institución que, formando parte de una sociedad, produce conocimiento científico mediante programas de investigación que se llevan a cabo con métodos científicos con el fin de incrementar el conocimiento que, por ese hecho, es tenido como científico.<sup>6</sup> Si objetividad, actitud crítica, autonomía, progreso científico y progreso social, suelen ser reconocidos como los rasgos de lo científico, hoy ha crecido el número de ámbitos en que se desempeña el ministerio de la ciencia. Tal es el primer deslinde de este ensayo.

Empleo aquí, por tanto, la palabra “ciencia”, como por lo demás se acostumbra en el ámbito internacional a lo largo del siglo XX, para denominar a una serie de disciplinas que como la filosofía, la historia, la lingüística, la filología y, en general, el conjunto de disciplinas que, interesadas en el amplio fenómeno de la textualidad, se practican con espíritu científico a fin de incrementar el conocimiento en áreas determinadas del saber. En efecto, si bien la “ciencia” creció y aún habita las estrechas celdas del positivismo en cuyos postulados ha sido educada, las humanidades, hijas del espíritu humano que sopla donde quiere, tienen más de dos siglos forjando su estatuto epistemológico con el mismo rigor y los mismos afanes de conocimiento sólido aprendidos, muchas veces, en los mismos claustros positivistas.

Este recuento del siglo XX mexicano se interesa en el grupo de disciplinas que Wilhelm Dilthey llamaba a fines del siglo XIX “ciencias del espíritu”, cuyo estatuto epistemológico discutió ampliamente él mismo, por entonces.<sup>7</sup> Se trata, en efecto, de las ciencias cuyo objeto es la realidad histórico social del ser humano: en general productos del espíritu que Dilthey ve constituir “un todo autónomo frente a las ciencias de la naturaleza”,<sup>8</sup> aunque acepte que “no están todavía constituidas como un todo” y que “tampoco pueden mostrar una trabazón en la cual cada una de las ver-

5. Luis Hjelmslev, *Prolegómenos para una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 14ss.
6. I. Niiniluoto, *op. cit.*, pp. 2ss.
7. Obras de Wilhelm Dilthey I, *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, FCE, 1944
8. *Op. cit.*, pp. 13ss.

dades aparecería ordenada según sus relaciones de dependencia respecto a otras verdades y a la experiencia".<sup>9</sup>

Es vergonzoso que todavía, a fines del siglo XX queden cenáculos, entre quienes administran los santuarios de la ciencia, que consideren ciencia de segunda a las disciplinas científicas no positivistas. No gastaré más este espacio, sin embargo, para mostrar lo que humanistas de otros tiempos han mostrado desde hace más de dos siglos y en lo que ya otros gastaron su tiempo y esfuerzo: el carácter científico del saber humanístico. Por lo demás, quiero señalar que, pese a todo, por fortuna se ha dado en el siglo XX un espectacular desarrollo en disciplinas científicas como la filosofía, la historia, la sociología, la antropología, la lingüística y, en general, en las ciencias del lenguaje que no se han preocupado en pedir permiso para existir: han existido simplemente y han dado muchos frutos. Como ejemplo de sus momentos estelares, me place aquí citar los trabajos de la crítica bíblica,<sup>10</sup> por mencionar sólo uno de los más brillantes desarrollos de la investigación textual: la crítica textual, la diplomática, la historia de las formas, la historia de la redacción, son algunas de las herramientas con que aún se trabaja en ese campo.

Se me ha solicitado una "reflexión histórico filosófica sobre el pensamiento científico y humanístico en México" a proponer dentro de un espacio más general dedicado a hurgar en el "estado de las ciencias y las humanidades del siglo XX mexicano". Para no usurpar competencias, interpreto este honroso quehacer sólo como un razonar diacrónico en busca del tejido de causalidades, circunstancias y voluntades que se adivinan en lo que de nuestra historia cultural es llanamente asumible como humanístico. De acuerdo con lo dicho y según el ideal humanístico de Pedro Henríquez Ureña, al que me referiré enseguida, asumo aquí la expresión "pensamiento humanístico" sin contraponerla, necesariamente, a la expresión "pensamiento científico" bajo el supuesto, ya esbozado, de que aunque con un estatuto epistemológico diferente del de las disciplinas empírico-matemáticas, las ciencias humanísticas son, también y ante todo, ciencias con unos rasgos epistemológicos propios que deben ser determinados en el seno de

9. *Op. cit.*, pp. 29ss.

10. De entre la numerosísima bibliografía de la actual ciencia bíblica, cito aquí los trabajos de Julius Wellhausen, Hermann Gunkel, Martín Noth, Hans J. Kraus o I. Engnell.



una reflexión integral, y obviamente humanística, sobre la Ciencia, con mayúscula, un edificio, por desgracia, aún en construcción.

Todo ello, en todo caso, para este ensayo es harina de otro costal y una de las cuentas pendientes que el campo de lo humanístico aún no logra liquidar: todavía son traumáticos, y desde luego ridículos, sus sobresaltos y complejos; aún se esfuerza por convencer, entre otros, a sus positivistas colegas de las “ciencias duras” de que también por aquí se hace “ciencia”. Para la ocasión nos basta con que aún en los cenáculos más positivistas se reconozca el carácter a la vez epistemológico y humanístico de disciplinas como la filosofía, la historia, el derecho, la psicología, la filología y, en general, la poliforme red de disciplinas surgidas en torno a la textualidad.

No pretende, por tanto, este ensayo, ocuparse de los pilones de deslinde del amplio territorio de las disciplinas humanísticas: ni siquiera de vislumbrar cuánto ha crecido y qué es lo que hoy abarca entre nosotros. No es mi intención, no, encargarlo de saldar cuentas, viejas o nuevas; ni de andar cobrando las deudas aún pendientes: no lo haré deambular vengando afrentas en trámite por un campo que no termina aún de plantar sus pilones y en el que no han faltado disciplinas, como sucede en algunas partes con la antropología o con ciertas psicologías, que se ven a sí mismas como superciencias y ceden, sin recato, a la tentación de erigirse en jueces de todo. Tampoco, empero, lo haré vestir la toga del juez, ni el uniforme del fiscal o del policía: no me erigiré en evaluador de nada contra nadie. No seré inquisidor: no esgrimiré mi ira, ni descargaré el golpe de mi hacha contra nada, ni nadie. Sólo quiero espigar, en la paz y el sosiego que la ocasión permite, algunos de los frutos que ya es posible cosechar en este campo: ponderar su valía y alegrarme por ello. Es que, como diría el poeta del exilio español, León Felipe, en los versos que me sirven de epígrafe, “no tengo podadera, ni tampoco un reloj de precisión que marque exactamente los rítmicos latidos del poema. Pero sé la hora que es”.

Este ensayo, por lo demás, sólo rondará las ciencias de la textualidad que, amén de constituir el corazón de las humanidades, quizás sean de las que más vistosamente se hayan fortalecido y ramificado entre nosotros durante este siglo XX. Nos proponemos aquí, en todo caso, sólo pergeñar un pequeño cuadro, garabateado apenas, con algunas de las cosas que una mirada echada de prisa hacia atrás, en este fin de siglo, alcanza a percibir;

mirada miope, además, entre otras cosas, porque sólo puede reconocer las cosas que le son familiares.

#### AL GRANO

Si quisiéramos caracterizar el ideal que sirvió de resorte a nuestras disciplinas humanísticas mexicanas desde los albores del siglo XX, habría que decir, con Pedro Henríquez Ureña, que el espíritu humanista, se caracteriza por su afán de progreso individual y social; por el mismo deseo de perfección del que nace la ciencia y que conlleva el deseo de juzgar, comparar, buscar y experimentar; por ser crítico y no aceptar dogmas ni cosas intocables; por arraigarse en el pasado, sí, pero sin desdeñar las utopías; por amar el pensamiento libre y la investigación sistemática; por adoptar como dinámica la evolución filosófica.<sup>11</sup> He aquí el pensamiento humanístico del maestro dominicano:

el pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de lo que vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin tregua: no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. Como no tiene la aquiescencia fácil de los orientales, no sustituye el dogma de ayer con el dogma predicado hoy: todas las doctrinas se someten a examen, y de su perpetua sucesión brota, no la filosofía ni la ciencia, que ciertamente existieron antes, pero sí la evolución filosófica, no suspendida desde entonces en la civilización europea.<sup>12</sup>

No todo en nuestro actual pensamiento humanístico es producto, bien se sabe, del trasplante que tuvo lugar el siglo XVI y que arraigó aquí. Por avatares diversos, como las guerras de Independencia y de Reforma

11. Clase inaugural dictada en 1914 en la Escuela de Altos Estudios con el título "La cultura de las humanidades", en Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos. Edición crítica*, José Luis Abellán / Ana María Barrenechea (coordinadores). México, CONACULTA. 1998. p. 23.

12. Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos. Edición crítica*, op. cit. p. 23.

del siglo XIX, entre otros, muchos de los rasgos de nuestro humanismo novohispano, paradigma de la cultura del conquistador, fueron rasurados o devueltos a España; y muchos otros, afectados de esquizofrenia, hubieron de refugiarse en la oscuridad de los seminarios, los claustros y las sacristías.

El pensamiento humanístico que se cultiva en México al amanecer del siglo XX mexicano está, en todo caso, amén de desarticulado, contaminado y corrompido por el positivismo, que por entonces concibe Henríquez Ureña como una

Tendencia a la concepción objetiva del mundo, dogmatismo científico como transfiguración del realismo postulado por el sentido común, desdén pragmático de la especulación clásica, a la cual se quiere sustituir con una metafísica tejida con teorías de las ciencias, imitando el método de éstas: filosofía, por tanto, estrecha, pero al mismo tiempo informe, como si aferrada al centro de imaginario círculo nunca supiera donde se hallan los límites marcados por la circunferencia.<sup>13</sup>

El pensamiento humanístico mexicano de principios del siglo XX se va, por ello, conformando a fuerza de impulsos aislados que primero tienen que fraguar para luego buscar algún eco o algún fruto a la vista.<sup>14</sup> Hoy se lo puede percibir como desgranándose a fuerza de influencias de todas clases que, al irse concretando al paso del siglo, son aferrables como instancias, mecanismos, procesos y categorías de recepción que tienen lugar en la cultura mexicana del siglo XX y que aquí nos proponemos abordar más a partir de las actividades despertadas en los receptores mexicanos, que por la potencialidad de los objetos recibidos. O como intertextualidades: aportaciones, a saber, en especie que llegan entre otros medios por poderosísimas vías como la traducción o el libro, y de que acusan recibo distintos rincones del ambiguo territorio de las humanidades.<sup>15</sup> Sin embargo, la

13. *Op. cit.*, p. 47.

14. De ventana hacia las humanidades a fines del siglo XIX, sirve bien la *Bibliografía filosófica mexicana* de don Emeterio Valverde Téllez. Véase la edición del Colegio de Michoacán, Zamora, 1989.

15. Todas las anteriores categorías de análisis provienen de la Literatura Comparada, disciplina cuya importancia metodológica rebasa con mucho el simple ámbito de lo literario. Sobre ella cito aquí Pierre Brunel e Yves Chevrel, *Compendio de literatura comparada*, México, Siglo XXI Editores, 1994, con una buena bibliografía sobre el tema actualizada hasta 1988. Empleo, igualmente, Marc Angenot, Jean Bessière, Dowe Fokkema, Eva Kushner (editores), *Teoría literaria*, México, Siglo XXI Editores, 1993; Manfred

cultura mexicana, desde mucho antes de contagiarse del positivismo había estado marcada por las humanidades. Por algo auguraba el mismo Henríquez Ureña: “las humanidades, viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera”.<sup>16</sup>

#### LOS AYERES DEL HOY

Ésta, necesariamente breve reflexión, tiene como observatorio una rudimentaria estación de viaje que especialmente repercutió en el pensamiento humanístico mexicano y que, por ende, fructificó en una espontánea red de disciplinas, saberes y metodologías. Me refiero al acontecimiento que significó la llegada a México y la relación que a partir de entonces entabla con intelectuales como Alfonso Reyes el dominicano Pedro Henríquez Ureña, piedra caída en el estanque de nuestra cultura cuyo oleaje concéntrico alcanzó a procesos culturales nuestros como el desarrollo de la filosofía, la historia, el derecho, la literatura, la historia y crítica de la cultura, la traducción y, cómo no, la filología que, arraigada y desarrollada en México, se convirtió, a raíz del exilio español, en el centro y punto de referencia obligado de la investigación humanística de nuestro siglo XX.

Sea por la vía de la traducción, sea por la de la literatura, sea por la sola ósmosis cultural del proceso, penetran en el suelo de nuestras humanidades disciplinas como la hermenéutica, la estilística y la retórica, madres hoy de una ciencia literaria adulta y cosmopolita que abriría las puertas, andando el tiempo, a otras disciplinas como la semiótica, la crítica textual y, en general, las ciencias del texto. Fueron espectaculares, en todo caso, los desarrollos y los niveles que a partir de ese impulso inicial tuvieron lugar en estos dominios humanísticos; en algunos casos, bastará el impulso inicial para lograr desarrollos autónomos; en otros, las influencias serán múltiples y más prolongadas.

---

Schmeling, *Teoría y praxis de la literatura comparada*, Barcelona, editorial Alfa, 1984; Ulrich Weistein, *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, ed. Planeta, 1975; M. F. Guyard, *La literatura comparada*, Barcelona, Vergara Editorial, 1957. Sobre las connotaciones filosóficas del término “humanismo” que en ciertos usos compete en uso con “humanidades”, véase, entre otras cosas, Jean Paul Sartre *El existencialismo es un humanismo* y Martín Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, B. Aires, Ediciones Huascar, 1972.

16. *Op. cit.*, p. 22.

Pedro Henríquez Ureña se constituyó en catalizador de este magno proceso, ya por los proyectos que ideó, impulsó y dirigió; ya por su genial magisterio directo que, ejercido sobre los más importantes protagonistas del humanismo mexicano de comienzos del siglo XX, tuvo por temas los aspectos más importantes de la cultura hispánica; ya, en fin, por los innumerables contactos y relaciones que convocó o provocó en su carácter ya de “crítico errante”, como lo llamaría Enrique Krause;<sup>17</sup> ya de “deriva intelectual”, como lo apoda Oscar Terán.<sup>18</sup>

Henríquez Ureña, escribe José Luis Martínez, último editor de las *Obras Completas* de Alfonso Reyes, “es el alma de un movimiento de renovación y modernización intelectual que, actuando paralelamente a la transformación política y social del país que opera la Revolución Mexicana, realiza otra revolución en el orden del pensamiento. De ella nace la cultura moderna de México”.<sup>19</sup> El sabio dominicano ejerce lo más importante de ese magisterio en su primera estancia en México entre 1906 y 1914: allí predica con estilo y figura de misionero el ideal clásico, dejando sembrada una idea de humanidades que andando el tiempo florecería en muchos huertos de América. Alfonso Reyes, en su “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, compuesta al calor de su muerte, traza no sólo un pequeño retrato humano e intelectual del amigo sino que pergeña el perfil de su didáctica:

fadado desde la primera hora por las musas; mentalmente maduro desde la infancia, al punto que parecía realizar la paradójica proposición de la ciencia infusa: inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de comparirlas; hombre recto y bueno como pocos, casi santo; cerebro arquitecturado más que ninguno entre nosotros; y corazón cabal, que hasta poseía la prenda superior de desentenderse de sus propias excelencias y esconder sus ternuras, con varonil

17. En Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos. Edición crítica*, José Luis Abellán / Ana María Barrenechea (coordinadores), México, CONACULTA, 1998, pp. 888ss. En adelante, esta obra del maestro dominicano será citada como *Ensayos*. Otros se han ocupado ya, por fortuna, de esbozar, aunque sea, las pinceladas principales de este vasto y fundante magisterio y lo han hecho muy bien. Para no abultar las notas de este ensayo, me place citar la excelente edición crítica, apenas salida de las prensas, de los *Ensayos*, de Pedro Henríquez Ureña, Madrid / París / México / B. Aires / São Paulo / Lima / Guatemala / San José / Santiago de Chile, ALLCA XX, Colección Archivos, 1998. En adelante, citaré esta obra simplemente por su título, *Ensayos*.

18. *Ensayos, op. cit.*, pp. 604 ss.

19. “Pedro Henríquez Ureña 1884-1984 vida y obra. Un resumen”, en Pedro Henríquez Ureña, *Estudios Mexicanos*, México, FCE / SEP, Lecturas Mexicanas 65, 1984, p. 12.

denuedo, bajo el impasible manto de la persuasión racional, Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que Andrés Bello.<sup>20</sup>

La historia de ésto que el viejo cuentero podría hoy narrar, junto a la hoguera, diría, con las simplificaciones propias de los relatos de hoguera, que en el México de principios del siglo XX las ciencias humanísticas no eran un sólido edificio de moderna hechura: algún viejo ermitaño por aquí, alguna choza malhecha por allá; y muchas voces dispersas y desiguales por todas partes, que venían como del desierto, y que no se entendían entre sí. Eran de los que habían visto edificios de la ciencia en otras partes. Querían hacer uno aquí pero no sabían cómo. Hasta que cayó por estas tierras Pedro Henríquez Ureña: había nacido en Santo Domingo y, aunque sólo tenía veintidós años, ya había recorrido mundo y empezado a tejerse su propia corona de laureles. El artesanal cuentero narraría, a su manera, las peripecias del Henríquez Ureña periodista, sus encuentros con los grupos literarios de mexicanos; su descubrimiento de un grupo de jóvenes, entre los que andaba Alfonso Reyes, empeñados en hallar una salida al dogmatismo positivista. El relato daría cuenta cómo se suma a él, lo educa, y lo convierte en su propia generación literaria, y al educarlo, lo convierte en aula de una cátedra cuyo magisterio extenderá, a partir de esas andanzas, por todo el mundo hispánico, enseñando las ciencias de la crítica no sólo literaria, sino de la cultura hispánica, que por entonces estaba aprendiendo a andar.<sup>21</sup>

Se viene la revolución, y con ella malos vientos que los llevan hasta Europa; entran en contacto con la escuela que capitaneaba en Madrid don Ramón Menéndez Pidal, y con un mar de cosas, personas y proyectos: la filología, la estilística, la generación del 98, la traducción, los Alonso. Y luego Buenos Aires, las fundaciones filológicas, los Lida, hasta llegar a los trasplantes de todo eso en suelo mexicano. Alfonso Reyes, el hombre texto de la prosa española del siglo XX, heredará el plantel mexicano de la

20. En *Obras Completas XII*. México, FCE, primera reimpresión de la primera edición. 1983, pp. 123ss.

21. Véase José Luis Martínez en sus introducciones tanto a *Estudios mexicanos* (México, FCE/SEP, *Lecturas Mexicanas* 65, primera serie. 1984, pp. 7-18); *Alfonso Reyes Pedro Henríquez Ureña correspondencia 1907-1914*, México, FCE, Biblioteca Americana, 1986, pp. 9-39)

escuela de Menéndez Pidal entre los torrentes de aguas que llegan a México con los exiliados de España, vientos cargados de semilla nueva y de semilla vieja que hermanaron tan bien con nuestras borrascas, según aquello de León Felipe: “Español del éxodo y del llanto, que llegas a México, no te sientes tan pronto, que aquí sopla aún el viento, el mismo viento que derribó la torre de tu pueblo...”

Y el viejo cuentero se vería obligado a detener su relato. Es que los cuenteros rastrean sus relatos como si ovillaran un carrete de hilo; y las aguas del exilio habrían sido tantas y tan caudalosas que al multiplicarse y dar frutos dondequiera que encontraron un espacio, complicarían tanto los hilos de la artesanal narración que la convertirían en mil y un cuentos diversos.

Si en los inicios madrileños los nombres de Ramón Menéndez Pidal, Amado Alonso o Ángel Rosenblat están de alguna manera unidos a los de Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en la misión filológica de Buenos Aires también lo estarán con los de los hermanos Lida, la *Revista de filología hispánica* y todo lo que de aquel almácigo fue plantado en estas tierras con la introducción formal de la filología científica. A Henríquez Ureña lo encontraremos de nuevo en México, de 1921 a 1924, otra vez en labor de misionero cultural, ahora al lado de José Vasconcelos, el rector de la Universidad Nacional, y el secretario de educación pública. Desde los variados puestos que desempeña, Pedro Henríquez Ureña inspira, enseña, critica, alienta, abre perspectivas, instala un estilo y un método. De aquí, casado con Isabel Lombardo Toledano, se irá a Argentina donde radicará, donde coincidirá a tramos con Alfonso Reyes, el diplomático, y donde murió de una embolia, el 11 de mayo de 1946, en el tren en que viajaba a La Plata a dar clases.

Es obvio que no se reduce a ésto la enorme trayectoria de nuestro pensamiento humanístico en este siglo XX que ya acaba. Si quisiera citar un gigante olvidado me gustaría traer aquí la inmensa figura humanística del sabio que fue don Ángel María Garibay, quien hurgó en otra de nuestras herencias y del arcón de nuestras cosas viejas puso en evidencia un mundo de caudales. Hay, pues, en nuestras humanidades otros patriarcados, otras deudas, otras estaciones de otros tantos viajes y puntos de observación. La lingüística, por ejemplo, que ya alcanza su mayoría de edad, llegó por otro

lado, entró por otra puerta y tiene otro santoral.<sup>22</sup> Tanto nuestra literatura como los ministerios de la palabra a ella adscritos han seguido sus propios recorridos, tienen sus propias deudas y han logrado su propia estatura, aunque algunas de sus raíces puedan reclamar sus orígenes ateneístas, por adhesión o por oposición; y aunque en algunos tramos se hayan cruzado con quienes, como los *Contemporáneos*, buscaron sus propias vías: la brillante trayectoria de Octavio Paz es una ilustre muestra, a la mano, del nivel alcanzado en algunos de esos procesos. Y, por fortuna también, nuestro pensamiento humanístico tuvo muchos otros albergues de excelencia donde encarnó en disciplinas como la lingüística, la historia literaria o la filología clásica. Si hubiera que citar la sede por antonomasia del pensamiento humanístico mexicano en el siglo XX mencionaría, como no, a la UNAM.

#### EL BOTÓN DE LA MUESTRA

Nuestro pensamiento humanístico, por lo demás, hoy parece estarse deslizándose lentamente del mero estado de consumidor puro al del pequeño productor de ciencia y en ello ha jugado un papel estelar la traducción. La traducción, proceso y producto a la vez, no sólo ha constituido el alimento de nuestra cultura y la ventana abierta para alentar su vocación universalista, sino que es también privilegiada piedra de toque de nuestro colonialismo humanístico: desde el siglo XVI nuestro bagaje teórico ha sido importado por la vía de la traducción; convertida, por ello, en el necesario puente tendido hacia la orilla de los productores de ciencia: la otra orilla. La adquisición de la competencia científica en traducción es, por ello, una de las claves para asomarnos hacia las ciencias humanísticas en el México de fin de siglo, así sea sólo para constatar cuánto las amarras de nuestras ciencias humanísticas son múltiples y sólidas: la traducción enseñó a hablar a muchas de nuestras ciencias, sociales y de las otras, de cuantas constituyen hoy el edificio de nuestra ciencia.

De cualquier modo, aún está pendiente un inventario digno de lo que en México debe la ciencia a la traducción, una actividad indudable-

22. Según el recuento que Rebeca Barriga Villanueva y Claudia Parodi nos acaban de ofrecer en *La lingüística en México 1980-1996*. México, El Colegio de México / UCLA, 1998.



mente humanística. Para pergeñar aunque sea su importancia, quiero traer aquí la voz autorizada de Gilbert Highet quien en su obra *La tradición clásica* dice: “la importancia intelectual de la traducción salta de tal modo a la vista, que se la suele pasar por alto. Ninguna lengua, ninguna cultura es suficiente dentro de sí misma. Su espíritu necesita ser ensanchado por los pensamientos de otras naciones, pues de lo contrario se torcerá y se secará”.<sup>23</sup> Nuestra cultura, nuestra lengua, nuestra ciencia del siglo XX deben a la traducción casi todo lo que son. La traducción, en efecto, se convirtió en nuestro siglo XX en la ventana por la que penetraron y llegaron a todos los ámbitos de nuestra ciencia los vientos refrescantes de una intertextualidad científica universal, sobre todo la de los países productores de una ciencia cada vez más globalizada.

El pensamiento humanístico mexicano, hay que decirlo, contribuyó decisivamente mediante la traducción a este ingreso en el discurso científico internacional. Uno de sus momentos estelares fue, sin duda, la magna obra de traducción que llevaron a cabo los trasterrados españoles que, como diría Pedro Henríquez Ureña, prestaron “valiosos servicios a la cultura de la América hispánica”.<sup>24</sup> De ella resultó un alud de traducciones a cuyo calor se desarrolló una importante y muy mexicana teoría de la traducción. Un inventario de este fenómeno implica una historia de la industria editorial mexicana del siglo XX.<sup>25</sup> Coincido con Víctor Díaz Arciniega no sólo

23. Gilbert Highet. *La tradición clásica*. México. Fondo de Cultura Económica. 1986. 2 vols. Para este asunto véase vol. I, págs. 169 y sigs.

24. *Historia de la cultura en la América hispánica*, novena reimpresión de la primera edición. México, FCE. 1973. p. 134. Sobre el exilio español en México, entre el enorme caudal de publicaciones, cito a guisa de ejemplos: Andrés Lira, “El humanismo de los trasterrados españoles: tres ejemplos”, en Carlos Henrejón Peredo (editor), *Humanismo y ciencia en la formación de México*. Zamora. El Colegio de Michoacán. 1984. pp. 453ss. Varios autores, *El exilio español en México (1939-1982)*. México, Salvat - FCE. 1982; José Luis Abellán / Antonio Monclús (coordinadores), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América II. El pensamiento en el exilio*. 2 vols., Barcelona, Anthropos. 1989; Rose Corral / Arturo Souto Alabarce / James Valender (editores), *Poesía y exilio. Poetas del exilio español en México*. México. El Colegio de México. 1995; Joaquina Rodríguez Plaza, *La novela del exilio español*. México UAM-A. 1986; Elena Aub, *Palabras del exilio*. México, CONACULTA. 1992; Patricia W. Fagen, *Trasterrados y ciudadanos*. México. FCE. 1975.

25. Víctor Díaz Arciniega ha hecho la historia del Fondo de Cultura Económica en su *Historia de la casa. Fondo de cultura económica (1934-1994)*. México, FCE. 1994. Del fenómeno de la traducción ligado al FCE publicó el mismo Víctor Díaz Arciniega el ensayo “Oficio y beneficio: traductores y editores en el FCE”, en *Relaciones* 56. (vol. XIV., núm. 56. otoño de 1993). Zamora, El Colegio de Michoacán. pp. 75-121. Sobre el mismo asunto, véase Elsa Cecilia Frost, “De la humildad y esplendor de la traducción: don Agustín Millares Carlo (1893-1978)” en *Relaciones* 56. (vol. XIV., núm. 56. otoño de 1993). Zamora, El Colegio de Michoacán. pp. 9-25.

en que la historia de la traducción y de los traductores en México no puede pasarse por alto, sino en que la de traductor es “una actividad profesional fundamental para la editorial e imprescindible para la historia de la cultura en México y en el resto de los países hispanoparlantes”.<sup>26</sup> Y, en concreto, que

la historia de las traducciones y de los traductores atraviesa la del Fondo [de Cultura Económica], porque desde su concepción original había una necesidad por satisfacer: años antes a 1934, entre los estudiantes de economía (y de otras ramas del saber científico, se debe añadir) era generalizada la carencia de dominio de lenguas, por lo que el alumno reducía su aprendizaje a los apuntes escolares –los profesores procuraban traducir los textos indispensables para los cursos– y a las muy escasas obras vertidas al español ya para entonces superadas. O, en otro sentido, los estudiantes mexicanos (a los que se sumaban los de otros países hispanoparlantes) representaban un mercado potencial para los libros de texto de ciencias económicas (sociales y humanísticas poco más tarde) entonces en auge, aunque inexistentes en lengua española.<sup>27</sup>

Las traducciones que alimentaron nuestras editoriales se alinearon en campos tan diversos como significativos. En el caso del Fondo de Cultura Económica, el más conocido e insigne pero desde luego no el único, las traducciones abarcaron humanidades, ciencias naturales y “exactas”, economía, historia, sociología, filosofía, política, derecho, antropología, entre las principales. Los nombres de los traductores eméritos implicados en esta magna empresa son muchos y, desde luego, rebasan las pocas posibilidades de este boceto.

En todo caso, siguiendo el camino de las editoriales se puede tener una idea aproximada de la traducción en México en este siglo XX. Entre las aportaciones de los exiliados trasterrados españoles, José Gaos merece un sitio aparte como traductor, como teórico de la traducción, como maestro y aún por haber inspirado, como amigo de Alfonso Reyes, el toque fenomenológico de *El deslinde*, importante no sólo como una original teoría literaria, germinada aquí, sino por la teoría de la traducción que en ella

26. “Oficio.”, *op. cit.*, p.75.

27. *Ibid.* pp. 75ss.

desliza.<sup>28</sup> De Gaos voy aquí a mencionar sólo la lúcida propuesta que de una teoría de la traducción hace en el “Prólogo a *El ser y el tiempo*”.<sup>29</sup>

Alfonso Reyes, por su parte, ligado al Fondo de Cultura Económica, a Gaos y a la escuela estilística de los Alonso, abre una serie de horizontes al pensamiento humanístico mexicano cuyos perfiles más importantes pueden ser pergeñados desde su obra como traductor, teórico y crítico de la traducción. Con Alfonso Reyes, en efecto, no sólo se inicia un espectacular programa de traducciones sino que ponen los cimientos y se abre la puerta al vasto flujo de traducciones que, entre otras cosas, enseñaron a hablar, como decía, a muchas de las ciencias actualmente cultivadas en México, al paso que se convirtieron en puerta de entrada de un vastísimo proceso de importaciones que vinieron a enriquecer la ciencia mexicana durante los últimos sesenta años de este siglo. En los ficheros que, con diversos criterios, se prepararon para organizar la obra del regiomontano, hay uno destinado a albergar los once libros por él traducidos –por sólo mencionar las traducciones mayores que forman parte de su gran producción. Y un gafete debe haber, en el archivero de quienes reparten los gafetes, las responsabilidades y los oficios, desde luego, para reconocer formalmente no sólo al inmenso y excelente traductor que fue, sino al hombre dotado con el don de la palabra que tuvo siempre la sabiduría a la mano para reflexionar sobre el difícil –Reyes dirá en *El deslinde* que imposible– arte de traducir.<sup>30</sup>

Desde el Ateneo de la Juventud, primero, y luego desde sus diferentes exilios tanto europeos como americanos, Alfonso Reyes se dio tiempo no sólo para cultivar la mayor parte de los géneros literarios que florecen en el español contemporáneo, sino para desarrollar una verdadera red de relaciones en torno al quehacer literario, al igual que para impulsar y alentar los esfuerzos que entre tanto tenían lugar en suelo mexicano. Alfonso Reyes no sólo asiste al nacimiento de la literatura mexicana contemporánea, sino que desde su exilio español pone en contacto nuestra ciencia del texto con la ya mencionada escuela filológica española. Nacía por entonces y en ese ambiente la estilística española de la que diría Amado Alonso:

28. Para todo esto véase mi ya citado ensayo “Alfonso Reyes y la traducción en México”.

29. Pp. 7-8.

30. Para detalles, véase nuestro estudio “Alfonso Reyes y la traducción en México”, en *Relaciones* 56, (vol. XIV, núm. 56, otoño de 1993), Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 27- 74.

“todo se reduce a apoderarse del sistema expresivo de un poema o de un autor para llegar al íntimo goce estético. Pues bien: el sistema expresivo de un autor y su eficacia estética pueden ser objeto de un estudio sistemático”.<sup>31</sup> Esa será la universidad donde Alfonso Reyes completará su formación. Allí aprenderá no sólo el conjunto de conceptos y métodos que propondrá teórica y prácticamente para los niveles más altos de la crítica literaria sino que de allí procederá su afición a la estilística que le servirá de útil herramienta a su práctica de traductor y a la teoría que pudo hilvanar a partir de esa práctica.

Ante la imposibilidad de abordar el asunto, a guisa de ejemplo, menciono sólo sus traducciones a Chesterton a las que antepone, como en el caso de las que hace a Stevenson o a Homero, un ejemplar análisis estilístico por el que sabe que los textos de Chesterton tienen ciertas peculiaridades que hacen difícil su traducción: el vocabulario es muy concreto y descriptivo, la adjetivación es abundante y matizada, los adverbios están esparcidos con profusión, los espacios descriptivos dejados entre un adjetivo y otro o entre adverbio y adverbio sirven para matizar con precisión aspectos del relato que pese a su aparente insignificancia dan coherencia narrativa y sustentan la lógica general de la trama concebida narrativamente como una especie de rompecabezas verbal en el que deben encajar con precisión aun las más pequeñas piezas o los más pequeños detalles del texto bajo el principio, empleado deductivamente por el Padre Brown, de que hay un lugar y sólo uno para cada cosa.

Ello da lugar a una narratividad construida a base de isotopías sembradas por aquí y por allá en el relato de manera que el rompecabezas se vaya armando a medida que avanza. Además está el humorismo que Chesterton elabora salpicando, dosificadamente, el relato de sentidos secundarios connotados sembrados bajo texto por aquí y por allá de manera que hace parecer las banalidades de la vida cotidiana paradigmas cuasifilosóficos.<sup>32</sup> Por encima de los significados lingüísticos, el traductor tiene que dar cuenta de estas características del texto de las que depende en gran medida su sentido.<sup>33</sup> Pues bien, Reyes libra con éxito los obstáculos del

31. Citado por Francisco Abad, *Diccionario de lingüística de la escuela española*, Madrid, Gredos, 1986, p. 121.

32. *Cfr.* O. C. XII: 28.

33. Sobre la obra y estilo de Chesterton puede verse la obra de Luis Ignacio Seco, *Chesterton. Un escritor para todos los tiempos*, Madrid, Ediciones Palabra, 1998.

estilo chestertoniano y pone a circular un Chesterton cuya prosa castellana es límpida, elegante, fluida y simple, dotada de una viveza a la mexicana y salpicada aquí y allá, casi imperceptiblemente, de marcas léxicas de un español peninsular enclavadas en una matriz de hechura mexicana.

La gran empresa civilizadora, claro, que fue nuestra traducción durante este siglo tuvo otros muchos senderos. Cito como ejemplo la vasta empresa traductológica en el prestigiado ámbito de las humanidades clásicas que traía, ya sabemos, su propio impulso y había sido forjada en la fragua de otras tradiciones: los herederos, a saber, del viejo humanismo, nobles traductores de alto rango, que amanecieron el siglo XX guiados por plumas tan bien dotadas como la del guanajuatense don Ignacio Montes de Oca, Ipandro Acaico para los arcades, “uno de los mexicanos más cultos de su tiempo”, a decir de don Emeterio Valverde, para quien, de haber vivido entonces, “hubiera figurado con gloria entre los más famosos humanistas del Renacimiento”, pues, dice,

sus bellas traducciones y elocuentes discursos de genuino clásico sabor dan testimonio de que fue latinista y helenista consumado. Gozó justa y merecida fama de políglota, pues además de haber sido un verdadero académico en su lengua vernácula, poseyó, el inglés, el francés, el italiano, el portugués, el latín y el griego, pero con tal perfección que escribía, predicaba y aún versificaba en cada uno de estos idiomas. Altísimo y fecundo poeta, elocuentísimo orador y perfecto literato, se honraron recibéndole en su seno las academias españolas de la lengua y de la historia y otras corporaciones científicas y literarias nacionales y extranjeras.<sup>34</sup>

Éste es, por lo demás, el humanismo que heredan los zamoranos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Amén de otras muchas aportaciones al campo, Alfonso Méndez Plancarte,<sup>35</sup> por ejemplo, a propósito de sus traducciones horacianas, introduce una original manera de traducir a verso español la poesía clásica, que incluía tanto una fidelidad a nivel de palabras, formas y aire rítmico del texto latino, como un tipo de verso español que refleje los metros latinos en su tradicional pronunciación, copiando, sin

34. Emeterio Valverde Téllez, *Bio-Bibliografía Eclesiástica Mexicana*, tomo II, dirección y prólogo de José Bravo Ugarte, S. J., México, editorial Jus, 1949, pp. 98 y ss.

35. Véase nuestro ensayo “Alfonso Méndez Plancarte, artífice del humanismo mexicano”, en Alberto Carrillo (compilador), *Estudios Michoacanos*, VIII, Zamora, El Colegio de Michoacán-IMC, 2000.

embargo, sólo “lo que en ellos suena a nuestros oídos y funda para nosotros su armonía”.<sup>36</sup> Con ello introduce a la traductología mexicana de los clásicos el sistema rítmico silábico-acentual que, fijado y fundado, constituye la primera piedra de una escuela:<sup>37</sup> la de la métrica latinizante<sup>38</sup> que forjará, en nuestra historia de la traducción clásica, un estilo y una manera de traducir que andando el tiempo, con Rubén Bonifaz Nuño a la cabeza, cimentará y dará cauce al viejo proyecto del gran traductor que fue don Agustín Millares Carlo: me refiero, claro, a la *Bibliotheca Scriptorum Romanorum et Graecorum Mexicana*, cumbre del humanismo mexicano en este siglo XX que no sólo ha dotado a la bibliografía mexicana de una biblioteca sino que se constituyó en la ilustre puerta grande, que hoy es, por donde han regresado viejas disciplinas, otrora desterradas por el cartesianismo galopante, como la retórica, la estilística o la poética.

Con aportaciones como las anteriores, el artesanal quehacer del traductor se fue convirtiendo en actividad científica. A ello contribuirían muchos otros conocidos y desconocidos traductores de cuantos conformaron el acervo bibliográfico mexicano del siglo XX. Por sus excelentes traducciones y por la lúcida teoría de la traducción que en ellas esboza, quiero aquí, por todos ellos, mencionar aunque sea a Benjamín Fernández Valenzuela, cuyo carnet de traductor fue resellado de manera definitiva con sendas traducciones, la del *Poema Heroico* de Abad y lo que alcanzó a traducir de la *Biblioteca Mexicana* de Eguiara.

Las ciencias humanísticas, pues, en el México de fines del siglo XX parecen estar a medio camino entre los consumidores puros del conocimiento y sus productores. El mecanismo de este tránsito ha sido el injerto de teorías, ciencias y metodologías de análisis que se ha llevado a cabo ya por la vía directa; ya por la cada vez más segura vía de la traducción que dejó de ser empírica y embocó, remolcada por el boom lingüístico, hacia los ideales de la traducción científica; ya, en fin, por la vía de la docencia.

36. Me refiero al volumen once de la *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana* de la UNAM, *Odas de Horacio*, que apareció publicado en 1946, y que debía a Alfonso Méndez Plancarte el estudio, la versión rítmica y las notas. Véanse especialmente pp. 13 y 17.

37. Roberto Heredia, *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana. Catálogo*, México, UNAM, 1996, p. 18.

38. Los tres primeros lunes de junio de 1946 son dedicados por Alfonso Méndez Plancarte a esbozar y discutir, en su cátedra popular de *El universal*, su propuesta para trasladar versos clásicos a nuestra lengua.

En los tres casos, de cualquier modo, se han injertado en el viejo tronco de nuestra ciencia, los retoños y la savia del frondoso árbol de la ciencia universal, aplicando teorías y conceptos de importación a nuestras cosas para, a su calor, ir forjando nuestra propia herramienta en la fragua de nuestra realidad: ir andando, es decir, por el camino de nuestras propias tradiciones.

Aunque todavía abunden y, en algunos casos, aún prevalezcan las huellas de la imitación servil, la de los ministros eco, los repetidores, a saber, que andan a la caza de la última doctrina extranjera para hacerla resonar en alguna de nuestras aulas, como expresión de la crema y nata de la ciencia, a secas, como primicia del último grito, hoy sigue valiendo, cómo no, con respecto a las ciencias humanísticas de México, lo que Octavio Paz, a quien este siglo XX vio brillar y desaparecer como brillan y desaparecen sólo las estrellas, dijo hace casi un cuarto de siglo de la crítica latinoamericana: al pensar retrospectivamente sobre la historia cultural hispanoamericana del siglo XVIII para acá; decía Paz que “sí hemos tenido pensadores que han reflexionado, a veces con brillo y otras con hondura, sobre nuestra historia, nuestra cultura y nuestras peculiaridades. Su punto de partida ha sido alguna doctrina europea pero sus conclusiones han sido, casi siempre, originales”.<sup>39</sup> Así, pues, doctrinas, métodos y, en general, herramienta europea: conclusiones ya nuestras.

#### EL TEST DE LA CRÍTICA

La crítica literaria merece un lugar muy importante en este recuento de las humanidades en el siglo XX mexicano no sólo porque, en relación a las demás actividades de que consta la ciencia del texto, es fundamental para, a partir de ella, conducir una titánica labor liberacionista hacia la mayoría de edad de nuestra historia literaria y, por tanto, hacia una definición de los rasgos de nuestras tradiciones culturales que han tenido lugar en este siglo. La crítica literaria, en efecto, está a la base de nuestro futuro, muy futuro aún, acervo teórico-metodológico de lo textual.

39. *Obras Completas 3. Fundación y disidencia. Dominio hispánico*, México, Círculo de lectores / Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 58-68.

Antonio Alatorre en un estudio aparecido en la *Revista de la Universidad de México*, en mayo de 1973, que titula “¿Qué es la crítica literaria?”, antes de entrar a lo que es ella, empieza por dar una definición de lo que él entiende por literatura y que se concreta históricamente en las obras llamadas “literarias”. Empieza, por tanto, definiendo lo que para él es una “obra literaria”:

Una obra literaria –dice– es la concreción lingüística (concreción en forma de lenguaje) de una emoción, de una experiencia, de una imaginación, de una actitud ante el mundo, ante los hombres. Un cuento, un poema, una novela, etcétera, son obras literarias: convierten en lenguaje, digamos, la adoración de la belleza, la indignación por la injusticia individual o social, la fascinación por el misterio de la vida o por el misterio de la muerte, el sentimiento de serenidad o de terror o de melancolía dejado por cierta noche ... (y esta enumeración podría seguir hasta el infinito).

En concreto, Alatorre plantea que la literatura es una experiencia numinosa hecha lenguaje, la experiencia del autor, y correspondientemente, entiende la crítica como la “experiencia del lector”. Para Alatorre, el punto de arranque de la crítica es la impresión que la obra literaria deja en el lector. Es, en suma, una crítica impresionista que, para Alfonso Reyes, es nivel más bajo de la crítica.

Ya en la teoría literaria de Alfonso Reyes, en efecto, la crítica literaria desempeñaba el papel de piedra angular que hoy tiene en nuestra literatura. Por lo demás, la crítica literaria practicada y propuesta por el regiomontano es una crítica literaria avanzada. Si bien plantea varios niveles de crítica que van de menos a más y que se identifican a partir de los diversos métodos con que se aborda el texto literario, Reyes identifica toda crítica como un acto de lectura. Según Rangel Guerra, para Alfonso Reyes

El crítico es un lector que ordena e identifica los elementos integrantes de la obra literaria, reflexiona sobre su composición y estructura, interpreta su sentido mediante la lectura, encuentra la significación del producto literario y llega a su valoración. Puede además emitir una opinión sustentada en el placer o en el disgusto que le causa la obra, y con todo ésto, proponer su apreciación literaria. De la lectura se desprende la crítica, que puede ser resultado sólo de la impresión primera o llegar hasta el juicio crítico sustentado en el acervo cultural del lector, su experiencia literaria y su conocimiento de épocas, escuelas, tendencias



o corrientes ... los diferentes métodos utilizados en la crítica pueden identificarse como métodos del buen leer.<sup>40</sup>

Para Alfonso Reyes, como decíamos, la crítica tiene tres grados: la impresión, la exégesis y el juicio. En un momento estelar de nuestra tradición humanística, intentó formular una teoría de la crítica literaria en su intento de esbozar una teoría de la ciencia de la literatura. No sólo crea, en efecto, con su *Deslinde* el único intento serio que nuestra tradición literaria ha hecho para conformar una teoría literaria nuestra, sino que diseña los rasgos más importantes del papel que debería jugar la crítica literaria en la configuración de nuestra ciencia de la literatura. Reyes, como el gran lector y erudito que fue, tenía una gran vocación a la crítica literaria que venía con la gran pasión por todo lo relacionado con la literatura y su estudio científico: tras el sendero de la crítica literaria vislumbra y explica con claridad el camino que conduce a la ciencia literaria.

En *Al yunque*, por ejemplo, publica su ensayo titulado “génesis de la crítica” en el que se refiere, desde luego, a la crítica literaria y en que se atiene a la tesis siguiente: aunque creación, la crítica tiene una función condicionada por la textualidad a la que se refiere; en el caso de la literatura “puede haber literatura sin crítica, nunca crítica sin literatura”.<sup>41</sup> Sin embargo, podrá decir en *La crítica en la edad ateniense*, refiriéndose a la ciencia de lo literario: “esta ciencia es resultado, por una parte, de la acumulación de obras y críticas en el curso del tiempo, acumulación que facilita generalizaciones y enseñanzas; y, por otra parte, es resultado de la inserción del espíritu científico, tan desarrollado en el último par de siglos, sobre el cuerpo de los estudios literarios”.<sup>42</sup> En efecto, dice Reyes, “la herejía de la literatura es la crítica, reacción más o menos fundada en nuestras impresiones o en nuestros principios, ante la obra misma”.<sup>43</sup> He aquí la teoría crítica del regiomontano:

La crítica se limita a registrar los hechos, se queda en historia de la literatura. Cuando define, por esquema y espectro, es teoría de la literatura. Cuando pre-

40. Alfonso Rangel Guerra en su libro *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México. El Colegio de México, 1989, p. 289.

41. *Obras completas*, tomo XV, pp. 288 y sigs.

42. *Obras completas*, tomo XIII, p. 18.

43. *La crítica*, p. 18.

tende dictar reglas a la creación, autorizándose ya en la experiencia o ya en la doctrina —sea ésta filosófica, estética, ética o meramente política—, se desvirtúa en preceptiva. En los dos polos del eje crítico encontramos el impresionismo y el juicio. Aquel es la crítica artística, creación provocada la creación; no parásita como injustamente se dice, sino inquilina, y subordinada a la creación ajena sólo en concepto, no en calidad, puesto que puede ser superior al estímulo que la desata. Y éste, el juicio, corona del criterio, es aquella alta dirección del espíritu que integra otra vez la obra considerada dentro de la unidad de las culturas. Y hacia el centro del eje crítico encontramos aquel tipo de exégesis que admite la aplicación de métodos específicos (ya históricos, ya psicológicos, ya formales), que hoy se ha convenido en llamar ciencia de la literatura.

Esta ciencia es resultado, por una parte, de la acumulación de obras y críticas en el curso del tiempo, acumulación que facilita generalizaciones y enseñanzas; y, por otra parte, es resultado de la inserción del espíritu científico, tan desarrollado en el último par de siglos, sobre el cuerpo de los estudios literarios. Esta ciencia cuenta con la historia literaria, que da por conocida o ayuda de paso a seguir labrando; recela de la teoría literaria o modifica singularmente sus intenciones tradicionales; prescinde de la preceptiva, por cuanto esta se entromete a gobernar la creación.<sup>44</sup>

A partir de ello, podemos decir que, si como señalaba Henríquez Ureña la cultura de las humanidades se basa en la crítica científica, nuestras ciencias humanísticas aún padecen de enanismo crítico: en nuestros santuarios de las ciencias apenas hay espacio para la crítica. En México la crítica literaria propiamente dicha empieza a darse en el siglo XIX y se consolida en el XX. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, que tantos juicios agrios vertió sobre nuestro barroco, tuvo razón cuando refiriéndose al siglo XVIII colonial en Lima y México decía lo que hacía falta en esas metrópolis “no era caudal de ciencia, sino crítica y gusto”. Y Pedro Henríquez Ureña, al repasar los comienzos de nuestra crítica literaria en el México de principios del siglo XIX a varios aspectos dice que, pese a la vasta cultura de los incipientes críticos, que era de “escaso gusto” y “pobrísima en ideas”.<sup>45</sup> Al fin del siglo XX podemos decir que nuestra crítica, si bien ha mejorado mucho en gusto y en ideas, aún no rebasa el simple nivel impresionista.

44. *La crítica*, p. 18

45. Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, México, FCE / SEP, Lecturas mexicanas primera serie núm. 65, 1984, p. 195.

Octavio Paz, al hacer una radiografía de la actual crítica literaria latinoamericana, señalaba algo que vale para el resto del territorio humanístico: tras preguntarse si es moderna nuestra literatura, decía Paz que pese a que la crítica es uno de los elementos de la literatura moderna, nuestra literatura, con todas sus excelsitudes y logros, tenía la debilidad de una pobre crítica literaria, filosófica y moral. Y remachaba: “una literatura sin crítica no es moderna o lo es de un modo peculiar o contradictorio”. Este enanismo crítico, aún vigente en nuestras ciencias humanísticas del siglo XX, puede explicarse entre otras cosas por la peligrosa ausencia de una cultura crítica en nuestra ciencia: “lo que nos faltó fue el equivalente de la Ilustración y de la filosofía crítica” del siglo XVIII, diría de nuevo Octavio Paz,<sup>46</sup> quien si bien no niega la existencia de críticos y de crítica en nuestras letras, señala que no han tenido la disciplina formativa de los movimientos literarios: lo que nos ha faltado, dice, han sido movimientos intelectuales comparables a los europeos.

Hoy reconocemos en nuestra literatura su vocación a la crítica fundamentalmente porque está hecha de brillantes rupturas: quien lo dude que lea la literatura de *Contemporáneos*. También reconocemos que nuestras letras han crecido acicateadas por una constante práctica de una crítica literaria, que aunque fundamentalmente impresionista, ha subido de nivel. Sólo nos faltaría hacer recuentos, recoger nuestras tradiciones, revisar nuestras instituciones y afinar nuestra capacidad de lectura para avanzar en los peldaños que conducen a la madurez en nuestra crítica literaria. Llegar, a saber, por el camino de la literatura crítica a la crítica literaria científica.

#### CON LA MANO EN EL ARADO

Empero, veo las ciencias humanísticas de fin de siglo, por desgracia, asediadas por nubes de merodeadores impacientes cuya técnica de avance es la gangsteril eliminación de sus oponentes. Ya Octavio Paz distinguía, en la crítica actual, la crítica universitaria y la de los francotiradores.<sup>47</sup>

46. *Ibid.*, p. 62.

47. *Ibid.*, p. 67.

Hoy, en efecto, más que como una siempre benéfica pugna de métodos críticos, de cultura adquirida a base de lecturas y de aperturas en busca de las dimensiones intertextuales de nuestra literatura, la crítica humanística que se practica en nuestro medio aparece como atrapada en los cenáculos habitados por quienes gustan dar muchos brincos en suelos muy parejos: francotiradores viscerales, pontífices de la letra pequeña de la última nota que practican una crítica de perdonavidas, concesionarios de tiempo completo y exclusivo del saber científico-humanístico, dictadorcillos que con fines clientelistas se lanzan contra lo que sea haciendo de cualquier babosada un solemne dogma de fe, que blofean de tener en su bolsillo la única llave exegética o hermenéutica que existe sobre algo, ministros de la deconstrucción inverosímil o de cualquier moda “post” que con un saber sólo miserable gustan de poner las cosas al revés por el sólo placer de verlas al revés.

Sin la pretensión de andar descubriendo mediterráneos o cosas así, me place recordar aquí, en cambio, cuánto el gran caudal teórico metodológico que se ha producido durante este siglo XX en el seno de las ciencias humanísticas es hoy una riqueza al servicio de la crítica científica bajo el presupuesto de que el saber humanístico, si está hecho con los pequeños saberes de cada uno puestos en común, es un gran saber. Ya a fin de siglo, empiezan a percibirse las huellas que nuestras ciencias humanísticas acusan de los diferentes injertos recibidos por diferentes vías y de diferentes procedencias. Y si la mayoría de edad del campo difiere hoy de territorio a territorio, el conjunto está inmerso de lleno en el concierto internacional que, con frecuencia creciente, ejerce su ministerio de igual a igual. Si bien asumimos que la ciencia no tiene nacionalidades y que hay un estatuto internacional del quehacer científico, también asumimos que sólo funciona por tradiciones históricas. Por ello, sin renunciar a estas membresías, las ciencias humanísticas del siglo XX en México han ido rehaciendo sus vínculos, recogiendo sus herencias y, en la fragua de nuestra realidad, forjando una herramienta propia según aquello de Antonio Machado: “caminante, no hay camino / se hace camino al andar”.